

alma, muy pocas reconocen al celeste médico; el embrutecimiento moral, el estupor que dá la costumbre del vicio, el despreciable respeto humano, que se desliza hasta la prisión, hasta la morada de la vergüenza, las tenía cautivas; en vano el labrador estaba pronto, la cosecha no estaba madura, y al fin de cada año, el pastor celoso, no podía llevar más que un haz bien ligero al rebaño del Señor.

Eufrasia había tenido en otro tiempo algunos sentimientos piadosos; el recuerdo de su abuela le había hecho respetables la religión y sus ministros; mas la vida común con su marido, obrero ignorante, impío y burlón, habían debilitado su fe, y su desgracia y su crimen reunidos, habían impreso á su carácter una regidez que rechazaba todo consuelo.

Aquella pobre mujer no había leído los autores antiguos, y sin embargo, se consideraba como una víctima de la ciega fatalidad, y se preguntaba eternamente ese temible *¿por qué?* que la fe y la esperanza resuelven solamente.

— *¿Por qué* he nacido pobre? *¿Por qué* he tenido padres sin virtudes? *¿Por qué* mi marido me ha tratado tan duramente? *¿Por qué* la desesperación me ha empujado al crimen? *¿Por qué* he sido tan severamente condenada?

La fe, si le hubiera dado acogida, le hubiera contestado:

—Has nacido pobre, pero Jesús ama la

pobreza, y á los pobres les es fácil la salud eterna; hasta en una familia sin virtud podías tú vivir virtuosa; al lado de un esposo sin costumbres, tú podías haber sido dulce y casta, y debiste perdonar la injuria; en la sociedad cristiana no faltan ni el ejemplo ni la enseñanza á las almas de buena voluntad; pero tú has escuchado tus pasiones y has sido justamente castigada. Dios te ama todavía, puesto que te deja tiempo para la penitencia.

Las dulces voces de la conciencia y de la fe, hablaron por largo tiempo sin ser escuchadas; cinco años de reclusión se habían ya pasado, sin que Eufrasia manifestase el deseo de aproximarse á Dios; en las casas de corrección ninguna violencia se hace para esto; las presas asisten á misa el domingo y también á los oficios; pero el Santo Tribunal no se abre más que á las que lo solicitan.

El Capellán invita y convence, pero no obliga jamás; suplica frecuentemente, jamás manda.

XIII

Era el Viernes Santo, y la solemnidad del día había llevado á la capilla á todas las detenidas: todas estaban uniformemente ves-

tidas de gris, y si una mirada hubiera recorrido sus rostros, hubiera hallado en ellos una expresión casi uniforme también de malicia y de brutalidad grosera; sólo algunas jóvenes ofrecían raras excepciones; mas todas las reclusas que se hallaban en la edad madura, presentaban al observador fisonomías capaces de desalentar al optimista más obstinado.

El vicio, el fraude, la mentira, la crueldad fría, las costumbres licenciosas, habían marcado un sello terrible en aquellos rostros marchitos y desgraciados, y el espíritu afligido se preguntaba, qué mano sería bastante poderosa para apartar aquellas criaturas del abismo de la abyección donde la miseria y el crimen las habían conducido.

Ninguna parecía prestar la más leve atención al sacerdote que hablaba en el púlpito; unas dormitaban, despertándose por bruscos sobresaltos, otras oprimían entre sus dedos polvos de tabaco, que sorbían con disimulo, ocultándolo á la vista de los vigilantes, otras empujaban con el codo á sus vecinas, y probaban á hablar con ellas por medio de signos; algunas otras, en bien corto número por cierto, escuchaban en actitud dócil, como si aún recordasen su primera comunión.

Algunas pobres mujeres llevaban hasta el pie del altar el aspecto insolente que no las abandonaba nunca; otras escuchaban con aire burlón, alzando de vez en cuando los ojos para asegurarse de si las hermanas las mira-

ban, y aseguradas de que las religiosas oraban con fervor, se reían de ellas con una osadía helada y cruel que daba miedo.

Eufrasia, sentada á la extremidad de un banco, estaba inmóvil y con la mirada pensativa como de costumbre.

Aunque el sacerdote no veía al pie del púlpito ese auditorio conmovido y atento, que excita el talento del orador, procuraba dar, no obstante, á su palabra unción y claridad; refería á las pobres presas el gran drama del Gólghota, y había llegado á las siete palabras que cayeron de los labios espirantes del Hombre-Dios: el orador quería conmover aquellos corazones de piedra, anhelaba convencer, y cada vez que nombraba á Jesucristo, se sentía el amor que temblaba y vibraba en su voz.

Poco á poco, y animándose él mismo con una emoción profunda, el sacerdote había llegado á la primera palabra que nuestro dulcísimo Redentor profirió en el instante terrible en que, elevado en la cruz, suspendido sobre sus cuatro llagas, sintió en sus sagrados miembros el más cruel dolor, y destrozado para redimir nuestros crímenes, oyó aún las burlas inhumanas de la fiera turba.

¡Perdonadlos, Padre mío, porque no saben lo que hacen!

Esta palabra fue comentada por el sacerdote con acentos de una dulzura inefable; dirigióse á las pecadoras que le escuchaban y les habló de esta suerte:

¡El mundo os ha rechazado, pero Dios os ama!

¿Podréis dudar de su amor? Jesús ama á sus detractores, á sus jueces, á sus verdugos; ama á Pilatos, ama á Herodes, ama á esos soldados que han flagelado sus miembros con crueles azotes, que le han coronado de punzantes espinas; ama á esos verdugos que le crucifican y que le insultan crucificándole, que olvidan el respeto que una víctima inspira siempre, y ruega por ellos; y, ¿cómo ese Dios todo amor y misericordia no os amaría á vosotras? Vosotras le habéis ofendido, es verdad; pero él está en la cruz para los pecadores, para los desgraciados pecadores; ¡allí, allí les espera siempre!

A estas palabras, Eufrosia levantó la cabeza, y sus ojos sombríos como su alma, se fijaron en el predicador; éste prosiguió:

—Pero este perdón infinito que os asegura en el cielo todos los bienes que en el mundo os han sido rehusados, ¿sabéis el sólo medio de obtenerlo? ¡perdonando vosotras como él os ha perdonado!

Eufrosia seguía escuchando; su mirada ardiente, no erraba ya en la capilla; miraba al orador, escuchaba y comprendía; el sacerdote prosiguió:

Las primicias de ese perdón, que el Hijo de Dios pidió á su Padre para los hombres, sus hermanos, fueron concedidas en seguida á un pecador penitente, compañero de su suplicio. Jesús, no sufría solo; para añadir la ignominia á la crueldad, los verdugos habían crucificado á su lado á dos criminales; ¿lo oís? ¡á dos criminales! ¡dos ladrones... dos asesinos quizá! Uno de ellos, tocado por la gracia celeste, con-

movido por las palabras del divino Salvador, volvió hacia él sus ojos moribundos y le dijo:

—¡SEÑOR, ACORDÁOS DE MÍ EN VUESTRO REINO!

¡Cuan generosa mente recompensada fue esta fe, que confesaba á Jesús crucificado, Dios y soberano del Reino celestial! El Salvador miró dulcemente al criminal, al malhechor, al ladrón y le dijo:

—HOY MISMO, ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO.

En favor del pobre ladrón que le invoca, hace Jesucristo un acto de divinidad; le abre el cielo, le aplica el mérito de aquella sangre divina de que está inundada su cruz; cura esta alma y la purifica, la santifica y la asegura la felicidad inmortal!

Pues bien: Jesús es siempre el mismo, hijas mías, y el don inefable que hizo al ladrón crucificado, está dispuesto á hacéroslo á vosotras; mas es preciso confesar vuestra fe en su poder y en su misericordia; es preciso gritar con la voz humilde del pobre ladrón:

—¡ACORDÁOS DE MÍ, SEÑOR!

¡No dudeis, hijas mías, y puesto que nada tenéis que esperar sobre la tierra, arrojáos en los brazos de EL que os puede salvar!

Eufrosia lloraba; era la primera vez después de cinco años de reclusión; sus lágrimas corrieron al principio escasas y abrasadoras; después algunos sollozos levantaron su seno, cayó de rodillas sepultando el semblante entre sus manos, y sus lágrimas humedecieron el pavimento; sus compañeras la

miraban con curiosidad, pero sin atreverse á hablarla; las religiosas la miraban también, pero con una tierna compasión.

Terminado el sermón las religiosas cantaron el *Stabat Mater*; las reclusas salieron de la capilla en orden, y Eufrosia quedó sola, inmóvil, prosternada, y de tal modo absorta, que no se apercibió ni del ruido ni del silencio que reinaba en torno suyo.

La pobre Eufrosia violaba sin saberlo el reglamento de la prisión, que no permitía á una reclusa aislarse ni estar ociosa, ni aun para orar, y el guardián que hacía la ronda la descubrió en la sombra y la volvió bruscamente á la realidad sacudiéndola por un brazo.

—¿Qué hacéis aquí?—le dijo,—¿por qué os ocultáis?

—Yo no me oculto,—respondió Eufrosia levantándose y dejando ver su semblante pálido y surcado de lágrimas.

—¿Me replicáis?—repuso el guardián,—una palabra más, y os llevo al calabozo.

Eufrosia le miró con aire de reconvención; aquel hombre grosero montó en cólera y gritó:

—Me parece que quieres hacer alarde de insolencia y de rebeldía, pero yo te bajaré los humos: ¡anda delante al calabozo!

—¡No tenéis ni corazón ni alma!—murmuró la reclusa con voz sorda.

—¡Al calabozo hasta mañana!

El guardián la llevó asida del brazo hasta una galería oscura, donde se abrían mu-

chas puertas con barras y cadenas de hierro: abrió una, empujó á Eufrosia al interior y corrió de nuevo los terribles cerrojos; era la primera vez que se le daba este castigo por falta contra la disciplina.

El calabozo era una especie de cueva baja, oscura, y sólo ventilada por una tronera colocada muy alta; sus únicos muebles eran un jergón de paja y un banquillo.

Era por cierto una lúgubre morada; y no obstante, cuando la primera convulsión de cólera y de dolor hubo pasado, Eufrosia tuvo un movimiento de satisfacción al sentirse sola y al abrigo de miradas escrutadoras.

Con una especie de alegría, anudó el hilo de su pensamiento, y aquel pensamiento se había vuelto dulce; era Jesucristo el objeto; le parecía que en la sombra del calabozo veía al Redentor del mundo, coronado de espinas, pero rodeado de un divino resplandor, y diciendo á su eterno Padre estas palabras sublimes:

—¡Perdonadla!

Otras veces le oía repetir allá en el fondo de su pensamiento la dulce promesa hecha al ladrón:

—¡Tú serás conmigo en el Paraíso!

Su corazón se ablandaba como la cera virgen que se aproxima al fuego, y lloraba, y lloraba de dolor por haber desconocido durante toda su vida al amoroso Padre que murió por nosotros, y olvidaba hasta el castigo humillante que estaba sufriendo.

Ya era noche cerrada cuando se abrió la puerta del calabozo, y una débil luz penetró en él. Eufrasia alzó la cabeza y apercibió á la superiora de las Hermanas de San Vicente, que llevaba en una mano una linterna y una llave, y en la otra un vaso de agua sobre el cual estaba colocado un pedazo de pan de cebada; la religiosa entró, corrió de nuevo el cerrojo, dejó en el suelo la linterna, y se acercó á Eufrasia.

—Aquí está vuestra cena, hija mía,—dijo afectuosamente.

—Gracias, madre,—contestó la pobre prisionera bajando los ojos.

—Hija mía,—prosiguió la religiosa sentándose en el lecho y mirándola con una profunda conmiseración,—¿qué habéis hecho? ¿qué mal pensamiento os ha embargado?

—Yo no sé...—respondió Eufrasia,—el sermón... no me acordaba de que estaba presa, y me quedé en la capilla; el guardián llegó... me habló duramente... me ha parecido que caía del cielo al infierno... he respondido mal y me ha traído aquí...

—Este es un efecto de vuestra mala cabeza; pero no pensemos más en ello; mañana saldréis, y una noche se pasa muy pronto.

Eufrasia levantó sobre la religiosa una mirada tímida, y dijo:

—Madre mía, no siento estar sola; ¡pienso en tantas cosas nuevas!

Sor Clara del Santísimo Sacramento, se conmovió sólo al oír estas palabras, que sa-

lian de aquella boca tan obstinadamente cerrada; tomó en las suyas la mano de la reclusa, se aproximó más á ella, y le preguntó dulcemente:

—¿Pensáis en el sermón?

Eufrasia contestó sólo con un gesto afirmativo.

—La gracia del Señor os ha tocado,—repuso Sor Clara,—si queréis ir á ese hermoso cielo donde el ladrón penitente ha entrado el primero, el camino tenéis abierto, hija mía, ¿sabéis lo que Dios os pide?

Eufrasia guardó silencio.

—Decid, hija mía, ¿lo sabéis?—repitió Sor Clara.

—¡Sí, lo sé!—respondió sombríamente la reclusa;—¡lo sé, madre, y me parece que jamás, jamás podré hacerlo!

—¡No digáis eso, mi querida hija!—exclamó Sor Clara estrechando la mano de Eufrasia,—¿por qué no habéis de poder arrepentiros de vuestras faltas y confesarlas á un sacerdote que os recibirá lleno de misericordia? ¡Confesaos! ¡esto os parece imposible, y sin embargo, sólo tenéis que decir lo que habéis dicho en público ante los Jueces: bien podéis confesar eso mismo en secreto al ministro de Dios, que os perdonará en su nombre!

—¡No es eso!—repuso la reclusa con impaciencia;—¡no es eso! hay otro obstáculo... y no obstante, yo quisiera... sí, yo daría mi sangre por reconciliarme con Dios, por ir al al cielo!... ¡sufro tanto aquí!...

—¿Y qué se opondrá á ello?

—¡Es preciso perdonar!—dijo Eufrasia en voz baja,—¡y jamás podré! ¡no, madre mía! ¡yo no puedo perdonar á mi marido! ¡él es la causa de todo; por él estoy yo en prisión... y Elisa en el cementerio!...

—Mi pobre hija,—dijo la religiosa con tranquilidad,—abrid vuestro corazón al sacerdote, decidle todo lo que os oprime, todas las tentaciones que os asaltan, él os ayudará; entre tanto pensad cuanta necesidad tenéis vos misma de perdón; así os costará menos pena el perdonar.

—¡El es la causa de todo!—repitió sombriamente Eufrasia.—¡Escuchad, madre! Cuando me ví abandonada, cuando mi leche se secó en mi seno, no tuve más que una idea: ¡vengarme de mi marido! Hubiera dado la eternidad por hacerle tanto mal como yo sentía... la niña gritó... alguna voz me dijo interiormente. Si Elisa muriese, esto causaría pena á su padre, y además, esta pobre criatura, que yo no puedo alimentar y que está destinada á una vida de miseria y de lágrimas, ¿no sería más dichosa en el cielo? Acabemos, pues...

La religiosa, aunque hondamente conmovida, no quiso insistir más. Estrechó de nuevo la mano de Eufrasia, y desatando de su costado el crucifijo que había recibido el día de su profesión, dijo:

—¡Tomad! ¡os dejo con Nuestro Señor: miradle bien y veréis si podéis rehusarle alguna cosa!

Al amanecer del día siguiente, Sor Clara fue á abrir el calabozo. Eufrasia estaba de rodillas y tenía el crucifijo entre las manos.

—¡Madre mía,—dijo,—estoy decidida á confesarme, y si puedo y Dios me ayuda, trataré de perdonar á ese hombre!...

XIV

Obra divina es la corrección de un alma, y no obstante, como no se cumple sin el concurso de la voluntad humana, es frecuentemente lenta, difícil, detenida por las tentaciones, retrasada por los recuerdos del pasado, y algunas veces suspendida para siempre por la sequedad de la tierra donde ha caído el sagrado rocío.

—La perfección no es un vestido que se pasa de repente por la cabeza,—ha dicho San Francisco de Sales;—es una obra de tiempo, de trabajo y de paciencia.

Eufrasia había sentido en su alma, por tan largo tiempo desgarrada, ese deseo vehemente de Dios; ese deseo que hace la alegría de los elegidos, favorecidos por las visiones celestes, y que hará el eterno suplício del infierno. Había obedecido, había corrido hacia su Dios, como el ciervo sediento corre á buscar el agua de las fuentes, y sostenida por la gracia, fortificada por los Sa-